

tre los grandes servicios á la libertad. En el problema de la union entre las dos sectas protestantes, su ardor en el combate, su elocuencia en la palabra, su actividad en la vida empeñáronse en la separacion completa entre la Iglesia y el Estado, y decidiéronse por negar toda autoridad á la monarquía sobre los derechos eternos de la conciencia. Así, el profesor Augusto de Bonn reclamó medidas coercitivas contra el audaz que no reconocia en el rey de Prusia el heredero legitimo de los privilegios litúrgicos de Constantino y Carlomagno; y Marheineke, discípulo de Hegel, le acusó de republicano sedicioso, mientras el superintendente Ammon reclamaba al rey de Sajonia su auxilio temporal para soterrar al nuevo arriano. Indudablemente, la grande elevacion que dió el ilustre teólogo á la conciencia y á sus intuiciones; el principio de que cada hombre lleva dentro de sí el manantial de las ideas religiosas; el poco precio dado á la autoridad de la tradicion, el mucho precio á la virtud del derecho, alzarán siempre á este pensador ilustre entre los defensores y los propagadores de la libertad en el mundo.

Muchas y muy graves cuestiones, muchas y muy ruidosas polémicas suscitaron las obras de Schleiermacher. Desde luego no habia roto resueltamente con ninguna de las tendencias de su época; ni con el racionalismo que eliminaba el milagro, ni con el espinosismo que eliminaba la personalidad de Dios, ni con los románticos que prescindian de la libertad, ni con los supernaturalistas que prescindian de la razon. Así, los ortodoxos le achacaban tendencias panteistas, los liberales supernaturalismo acomodado á la fatalidad de las circunstancias más que al dictado de su conciencia. Los más imparciales veian en él una

mezcla de fé y de excepticismo, que ora le confundia en piedad escrupulosa con los hermanos Moravos, ora le lanzaba en las dudas irónicas de los estudiantes de Jena. Los mismos filósofos, á quienes habia servido proclamando la independencia del pensamiento humano, le denostaban por el empeño mostrado de excluir á la filosofía de toda jurisdiccion teológica, cuando los problemas de la existencia de Dios, de su naturaleza, de sus atributos, de sus relaciones con el mundo y de la intervencion de la Providencia en la historia, ó no son nada, ó son problemas esencialmente filosóficos y científicos. Luego, queriendo salvar la persona y la obra de Cristo, ni supo decidirse por la escuela que sostenia la autenticidad y la legitimidad de los Evangelios, ni por la escuela que criticaba los relatos de los divinos libros. Tampoco fué claro en el importante problema de si convenia llevar hasta el pueblo el tesoro de todas las verdades adquiridas, ó apartarlo de este tesoro en una santa ignorancia. El sacerdote que llamaba á todas las conciencias á participar de la idea divina, y que veia en cada sér sediento de lo infinito un sacerdote de Dios, y en la naturaleza y en la historia sagrados templos; este sacerdote cayó luego desde la democracia especulativa en una verdadera oligarquia práctica, sosteniendo inicuamente que sólo algunos privilegiados debian conocer y guardar la religion verdadera. Mas, á pesar de estos desmayos, á pesar de estos errores, no puede desconocerse ni ocultarse que contribuyó poderosamente á despertar la idea de lo divino en el hombre, y que contribuyendo á esto, contribuyó tambien á elevar el sentimiento del derecho, que es la eterna base de la democracia en el mundo.

CAPITULO XXXVI.

NUEVAS TENDENCIAS.

Era imposible que un escritor del mérito y de la importancia de Schleiermacher dejase de tener muchos y muy decididos discípulos. Cuéntase como principal entre estos al dulce Neander, Melancton de este Lutero, y que por su poesia, por su delicadeza, y por sus conocimientos históricos, estaba destinado á llenar grandes lagunas dejadas en la ciencia por su ilustre antecesor. Hijo de familia judía, judío él mismo en religion y con toda la inquebrantable fé judía, convirtióse al cristianismo y recibió en su frente el agua del bautismo. Desde entonces consagróse á un ministerio para el cual parece haber escasas aptitudes en su raza, al ministerio de historiador. Los judíos comprenden difícilmente la historia antigua, porque la refieren toda al privilegio exclusivo que segun ellos recibiera de Dios únicamente su teocrática raza; y comprenden ménos la historia moderna, porque no alcanzan el sentido de la obra de Cristo, porque no sienten la fé de los pueblos cristianos. Pero Neander ha prescindido de este

egoismo de raza y entrado como hombre y como hombre universal en la historia. Una de las primeras monografias que publicára, fué la curiosísima relativa al gran reaccionario de la antigüedad, al emperador Juliano. Pocos hombres han dejado en la historia huella más profunda que este hombre extraordinario. Muerto en edad temprana, pasando rápidamente por el trono, su nombre destella resplandor inmortal en la historia, á causa de haber intentado obra superior á las humanas fuerzas, la obra de una resurreccion. Inteligencia clarísima, carácter acerado y tenaz, corazon amante de la inmortalidad y de la gloria, fantasía abierta á todas las inspiraciones, memoria guardadora de todas las ideas, talento universal por sus tendencias y flexible por su rica variedad; filósofo profundo, artista de primer orden, orador elocuentísimo, guerrero digno de los primitivos tiempos romanos, un griego en el culto á la hermosura y al arte, un cristiano en la pureza de la vida, un estóico en la inflexibilidad de las cos-

tumbres; su alma llevaba en su inmensidad el espíritu de toda una civilización próxima á extinguirse; y viendo que esta civilización había engendrado los dioses, los héroes, los filósofos, los poetas mayores del mundo, quiso á toda costa salvarla, resucitar al gran Pan muerto y enterrado por un ciego misticismo, volver á las ondas del mar de la Grecia sus cantoras Nereidas, al cabo Miseno y á las Parthenopeas islas sus misteriosas Sibilas, al archipiélago jónico sus marmóreos templos, á las selvas y á los bosques los ecos de los caramillos de sus faunos, á las fuentes la melodía de sus ninfas, al Universo entero la voz de sus dioses; y conociendo que para esto nada valían ni la fuerza de las armas, ni la autoridad de los Césares, ni el fuego de las hogueras, ni los dientes y las garras de las alimañas del circo; si persigue algunas veces, no persigue jamás, ni por sistema, ni con verdadero encarnizamiento; combate á los nazarenos con ironía digna de Luciano; reúne todas las ideas antiguas, y sobre todas la idea de Platon en elocuencia digna de Plotino, para dar á sus dioses la bebida de la inmortalidad; se consagra por completo á la restauración del paganismo, y sucumbe: que no hay fuerza por grande, ni génio por luminoso, ni poder por absoluto, capaces de contrastar las corrientes de los siglos, ni de detener las trasfiguraciones de la conciencia, ni de burlar las leyes de la historia.

La obra histórica por excelencia de Neander, es el retrato de San Bernardo, de este monge ideal, como le llamaba Lutero, que reproduce en su fisonomía propia, la fisonomía especialísima de la Edad Media; que sobrepone la teocracia democrática á la monarquía feudal; que detiene en Abelardo las prematuras impaciencias de la razón humana por emanciparse fuera de tiempo; que reorganiza los órdenes monásticos para darles un carácter más espiritualista; que sacude los inmóviles pueblos petrificados en su penitencia para lanzarlos á la guerra de las Cruzadas; y en su mo-

vimiento advertirles y enseñarles, como por milagro, la existencia de la libertad. Rico, poderoso, de grandes y feraces dominios, nacido en los ubérrimos campos de Borgoña, menosprecia dignidades, propiedad, riqueza por su tosco sayal de monge, por su errante vida de apóstol, por su comercio intelectual y religioso con los desvalidos y con los pobres, por sus combates con la soberbia de los fuertes y de los poderosos. Pálido como la muerte, demacrado como los esqueletos, sin más vida que el brillo de sus ojos centelleantes, estático hasta el punto de haber perdido las fuerzas para recoger y asimilarse el alimento, como si sólo devorara ideas y sólo bebiera inspiraciones; distraído hasta desatender durante días enteros los sitios por donde pasa y las personas con quienes habla; de su palabra dependen los pueblos, de sus escritos los reyes: el Papa, á quien protege, es adorado; el guerrero, á quien maldice, es zaherido; el pueblo, á quien eleva, es de todo el mundo saludado; la guerra que condena, se suspende; la paz, que le es odiosa, se turba; el hombre, que le escucha, le sigue al desierto, al valle de la amargura, á enterrarse vivo en el claustro, á correr desalado á las batallas: si él quiere, los ejércitos de Francia saldrán de la Champagne; el rey Luis se arrepentirá de su política; el emperador Conrado abandonará los asuntos de su imperio para correr en pos de los asuntos de la Iglesia; y doscientos mil hombres, pastores unos, que dejan su ganado y bajan de sus montañas; campesinos y siervos otros, que se despiertan como resucitados de su terruño; grandes y ricos-hombres que abandonan sus palacios; todos, como si poseyeran la demencia del heroísmo y del martirio, menospreciando esposas, hijos, hogares, van sin saber á qué, ni por qué, no donde les manda la voluntad de Dios, sino donde les manda la palabra de San Bernardo.

A estos grandes estudios reunió Neander otros no menos dignos de mención sobre las escuelas gnósticas, esas tentadoras serpientes

del naturalismo oriental, que tiraban á seducir la Eva regenerada, la Iglesia cristiana; sobre Orígenes y Tertuliano, dulce y armonioso el primero como la hística miel de que se alimentaban los poetas griegos; impetuoso, ardiente el segundo como las ráfagas del Simumon por los desiertos del Africa; sobre la Historia de la Iglesia, obra monumental que interrumpe su muerte en los tiempos de la Reforma, y que separa cuidadosamente con fina crítica, con piedad profunda, todo cuanto hay de esencial á la religión, y todo cuanto hay de accidental en el desarrollo de los tiempos, levantando así un templo á la idea religiosa. El objeto que más llamó la atención de Neander, y que á su vez críticas más amargas le ha valido, es la Historia del Siglo, llamado por excelencia Apostólico, del siglo primero. Y en efecto, el historiador no entra en este siglo con su sana crítica. Rechaza el examen profundo de los textos, desatiende las fuentes ciertas de su relato, y se atiene á un método que llama psicológico, cual si en vez de hallarse frente á frente de seres reales, se hallara frente á frente de abstractas ideas. Y hace todo esto para quitar su verdadero interés al siglo primero, que estriba en las diferencias entre los grandes fundadores de la Iglesia; entre Pedro que se atiene al sentido puramente judío, y encierra la Iglesia en la sinagoga, y quiere que el Cristianismo sea el cumplimiento de las puras esperanzas mesiánicas, y Pablo, que griego, judío, romano, hombre antes que todo, abre las puertas de la Iglesia de par en par á los viejos pueblos; entre Santiago, también atento guardador del primer rudimentario sentido teológico, y Juan, que judío primero, embebido en las teorías apocalípticas nacidas bajo el látigo de Nínive y de Babilonia, abre su alma á la palabra griega, y lleva el Verbo alejandrino en páginas deslumbradoras y platónicas á los misteriosos senos del Evangelio cristiano. Pero estos descuidos á sabiendas tienen por objeto reunir todos los discípulos

bajo las alas amorosas de una sola idea, de la idea de Cristo. Los críticos descontentados, que se levantan y suscitan contra todos los grandes hombres, han ridiculizado el sentimentalismo de Neander, llamando á su teología teología *pectoral*, porque su pensamiento era que el pecho, el corazón, forjan la fé, la verdadera ciencia teológica. Sin embargo, su historia, impregnada de lo divino, su espiritualismo, fundado en la razón, su moral desinteresada y purísima, su ciencia profunda y vasta, su vida sin mancha, dan á este hombre virtuoso, á este escritor dulcísimo, una de las más verdes y más gloriosas palmas que han podido cosecharse en los combates y en las victorias del pensamiento alemán.

En la Escuela de Schleiermacher hubo, como en la Escuela de Hegel, derecha, centro é izquierda. La primera se atenia completamente á la doctrina del maestro, la segunda creaba un ideal más racionalista y la última rechazaba por completo el milagro y lo sobrenatural. Todas estas escuelas, sin embargo, no podían salir de los puntos capitalísimos ya controvertidos anteriormente y que se reducían primero á considerar el Cristianismo como obra del milagro y de la intervención directa y personal de Dios en la Historia y en la vida; segundo, á considerar el Cristianismo en contraposición al anterior punto de vista, que era el del supernaturalismo, como obra de las leyes generales que presiden á la Historia, como enseñanza destinada á separarse de todo cuanto pudiera haber en ella contrario á la razón humana, sentir puramente racionalista; tercero, á considerar el Cristianismo como una pura ley moral, sin otro objeto que disciplinar la voluntad y reformar la vida que es el sentido puramente filosófico; cuarto, á considerar el Cristianismo como una fuerza redentora que distribuye la gracia de Dios en la conciencia del hombre, que es el pensamiento de Lutero; y quinto y último, á considerar el Cristianismo como la unión del hombre con Dios, como la unidad de lo divino

y de lo humano, como la glorificación de las criaturas en Cristo y por Cristo, que es el punto de vista de Schleiermacher. A pesar de las tendencias de este gran teólogo y de su espíritu liberal, sus más ilustres discípulos no fueron, llegadas las supremas crisis políticas, fieles al espíritu del maestro. Nitzsch se afilió al partido conservador y Ullmann al partido puramente reaccionario.

Donde la reacción tuvo su ideal y su doctrina, fué principalmente en la escuela llamada la nueva ortodoxia, que de un rasgo quería suprimir todo el siglo décimo-octavo, toda la filosofía moderna, toda la crítica histórica, y volver á la concepción de Cristo y de la gracia, y del pecado, y de la libertad, tal como la guardaba en su doctrina y en su historia el siglo décimo-sexto.

CAPITULO XXXVII.

LA REACCION ORTODOXA.

Las tendencias de la escuela de Schleiermacher, y sobre todo de sus discípulos de la derecha, llegaron á extremarse, más allá de los límites de todo lo justo, y á producir una reacción religiosa, cómplice y sierva de la reacción política. El siglo décimo-nono, como renegando del siglo anterior, se despertaba á la vida entre conjuros y oraciones. La guerra de la Independencia en España, que habia servido como de norma y enseñanza á todos los demás pueblos, superficialmente conocida y estudiada, aparecia como un milagro de la antigua fé religiosa. Ignoraban los políticos casuistas que Napoleon venció cuando peleó con los reyes, y fué vencido cuando en la pelea se encontró con un pueblo. El error de los protestantes más liberales que habian convertido su doctrina en patrimonio de aristocracia inteligente, dió pronto sus amargos frutos, y trajo pronto la necesidad de despertar el sentimiento religioso en pueblo abrumado con el sueño de la materia, como se despertara entre los primeros irruptores bár-

baros, con doctrinas materialistas, con sobrenaturales milagros, con libros legendarios, con todo cuanto indica la infancia de la civilización y el apocamiento de la conciencia. Y así como De Maistre empleaba toda la fuerza de su áspera dialéctica y todo el peso de su severo estilo para volver hácia el ideal teocrático de la Edad Media, los protestantes ortodoxos empleaban todas sus fuerzas en volver hácia el puro ideal del Renacimiento y de Lutero.

Los reyes favorecian, no ya de grado, sino de corazón, estas abjuraciones de nuestro siglo. El regreso al templo de lo pasado era como el regreso al trono de los reyes; los esclavos de la fé heredada ni piensan, ni raciocinan, ni protestan; y alargan la cerviz material á la coyunda monárquica despues de haberse rendido y resignado á la coyunda religiosa. Jurisconsultos, poetas, filósofos, periodistas, largamente pagados de los presupuestos reales, bautizaban á los antiguos revolucionarios, quisieran ó no, como diz que